

COLABORACIONES DE "VIDA NUEVA"

# FATAL SOLEDAD; SOLITARIA FATALIDAD



Si hay algún campo de la acción pública política, de la gobernación de los pueblos en que sea pernicioso la dirección individual, es en el campo de la guerra y en el de la diplomacia internacional, que es otra guerra. A lo que no se opone lo consabido de la suprema excelencia de la unidad de mando. La unidad no implica necesariamente que haya de ser exclusivamente individual. Hay unidades, y son las fecundas, por integración. La individualidad puede a la vez no ir acompañada de personalidad, ya que hay individuos que tienen muy poco de personas, es decir, de seres perfectamente conscientes de su papel público y de su responsabilidad.

Y los más peligrosos de los individuos que figuran al frente de los destinos de un pueblo son aquellos que con la característica ligereza de quicio y frivolidad de sentimiento de los que no saben verse desde fuera se obstinan en salirse con la suya. El salirse con la suya es el empeño de señeritos mal educados, que nunca se vieron sino en espejos empañados de aumento; el salirse con la suya—defenderla y no enmendarla—es la señal de los que están destinados a fracasar, sin darse cuenta de ello, y acaso a morirse sin haber vivido, de los que, no siendo más que sombras, jamás sospecharon que lo fuesen. Porque si el príncipe Segismundo no hubiese sido más que un muñeco—y de la madera de ellos estamos hechos, según Shakespeare—, no habría pensado que la vida lo es.

Los tercios del salirse con la suya suelen ser de caucho. Parecen ceder y no ceden. Porque si a un hombre de goma se le mete el puño, va cediendo y se le hace allí un hueco; pero en cuanto se retira la mano, la goma vuelve a su anterior posición. Todos esos de quienes se dice que son del último que se les llega, no son de nadie. O son de sí mismos, que equivale a no ser de nadie. Son esos abuecos voluntariosos, en quienes el capricho hace de ley. Son los que no llaman a sus consejeros profesionales para oírlos, sino para que les digan y les admiren. Son los mal educados que, atentos a llenar por sí so-

los el escenario, a hacer siempre, no ya de protagonistas, sino de monarquistas, apenas se cuidan sino de asombrar a los demás recitándoles la papeleta. ¡Y qué papeletas!

En las altas esferas del mundo hay pocas cosas más trágicas que la constancia en la inconstancia, la persistencia en la versatilidad. La veleta gira a todos los vientos, pero no se mueve del alto de la torre donde está sujeta. Da vueltas, como la ardilla, pero no avanza. Ni una veleta es una brújula.

Trágico hado el de un pueblo cuando tiene que dejarse pilotear por un solitario de nacimiento, que jamás vivió en la real y efectiva compañía de los otros, que nunca conoció sino la comparsa del tablado, que no tiene la menor noción de lo que pueda ser un semejante y que se aferra a salirse con la suya, porque no conoce ni puede conocer otra que la suya. Ese es un pueblo entregado a la Fatalidad. Y la Fatalidad—digámoslo parodiando una célebre frase ya clásica—tiene nombre de mujer. Fatalidad fué Eva; para la Grecia de la leyenda clásica, la Fatalidad histórica fué Helena. En nuestra historia de antaño, en la historia de España, en los orígenes del reino unido de España, la Facultad se llamó Doña Juana la Loca, la que nos trajo a Felipe I el Hermoso. Después tomó otros nombres. Y hasta cuando eran masculinos, no eran sino femeninos en el fondo. Que hasta en los hombres la soledad de nacimiento implica femineidad. El niño solo, criado entre faldas, se hace faldero, y es más femenino que las mujeres. Sin que femenino quiera decir afeminado.

«Las mujeres no contestan a lo que se les pregunta, sino a lo que se figuraban que se les iba a preguntar»—dijo no recordamos ya qué misógino. Y los hombres femeninos, los niños solitarios de nacimiento, los tercios y caprichudos que sacrifican los más altos intereses que se les encomiende al tesón de salirse con la suya, éstos no preguntan sino para que se les conteste lo que se figuraban que se les iba a preguntar. Sus interrogatorios son de catecismo, con la respues-

ta protocolizada. ¡Y ay del que se salga de ella!

¡Tremenda soledad la del niño único, criado entre faldas y faldones de servidumbre! ¡Tremenda fatalidad la del que nunca sintió libremente junto a sí a un hombre libre! ¡No poder fiarse libremente en un hombre libre! ¡No poder saber lo que es ser libre! Un sér así, en esta trágica suerte, debe de vivir—de durar más bien—corroído por un aburrimiento soberano—¡cosa de pavor el aburrirse soberanamente!—y sumido en una tremenda vacuidad, en una fatal soledad que lleva a la solitaria Fatalidad. Pero no es el así fatalmente solitario el que sufre las peores consecuencias de ello. Como no vive, no deja vivir.

Miguel DE UNAMUNO

